

**Joan Fuster**

**EL «MARCIAL» DE M. DOLÇ**

En la cuenta final de nuestra historia contemporánea, algo habrá que nadie se atrevería a regatear a don Francisco Cambó: la gloria —¿y por qué no decir gloria?— de sus Fundaciones culturales. Lo que para la lengua y el ánimo del país han significado estas empresas, es cosa que tal vez ni siquiera estamos aún en condiciones de medir. Un propósito como el que tenemos planteado desde la Renaixença, robustamente ambicioso por su voluntad de reintegración absoluta, había de obligarnos a un esfuerzo denodado para realizar, a partir de la nada y con una urgencia apremiante, tareas y soluciones que otras sociedades tuvieron ocasión de conseguir por un proceso de siglos, diríamos natural. Queríamos una cultura propia, y teníamos que hacérsela nosotros mismos, sin respaldos institucionales, sin otros medios que los proporcionados por la adhesión espontánea de nuestra gente. Al trabajo tenaz de los hombres de letras respondió la ayuda del mecenazgo. Dentro de la irregularidad de esta situación, los logros se hicieron pronto patentes. Hoy, pese a tanto desastre, muchas cosas quedan en pie, eficaces de cara al futuro, y quienes las inspiraron, crearon o protegieron merecen y merecerán siempre un tributo colectivo de gratitud. No es éste el momento de averiguar si la alta burguesía catalana atendió a la cultura del país en la medida de sus posibilidades y de sus deberes. Sea como fuere, lo que en este plan se hizo juega un papel de indiscutible importancia en nuestra vida intelectual contemporánea.

Y estará de sobra que yo me demore, aquí, a glosar la trascendencia de la Fundación Bernat Metge, ejemplar entre todas. A nadie se le oculta la múltiple ventaja que para nosotros había de tener la traducción sistemática y solvente de los clásicos antiguos, ni la plural necesidad que venía a satisfacer. Piense cada cual lo que quiera acerca de la vigencia de los venerables autores griegos y latinos en nuestro mundo de hoy; no habrá, sin embargo, quien niegue la fecundidad de aquel ejercicio para nuestra normalización cultural, ni la estupenda consecuencia que ha tenido, tiene y tendrá en un orden de consolidaciones intelectuales definitivas. Los ciento treinta y tantos volúmenes que lleva publicados, ponen a la Bernat Metge en el primer rango internacional de editoras de clásicos: para nosotros, además, suponen una piedra angular de la cultura catalana de hoy, un vigoroso monumento idiomático, una escuela de humanistas muy considerable, una afirmación literaria que nunca sabremos alabar bastante. Y dentro de esta labor, poco espectacular pero decisiva, de la «Fundació», requiere ahora nuestro interés la aparición del quinto y último tomo de los *Epigramas* (Barcelona, 1960) de M. V. Marcial, vertidos por el profesor Miquel Dolç, de la Universidad de Valencia. Si el prestigio de la Bernat Metge no fuese ya un aval suficiente, la solvencia personal, profesional y profesoral de Miquel Dolç aseguraría por sí sola al lector la insuperable justeza de esta edición. De lo que Dolç nos tiene dado como traductor de clásicos, el mismo catálogo de la Bernat Metge ofrece buena señal: textos de Virgilio, de Estacio, de Persio, de Tácito. Su versión literaria de la *Eneida*, que se publicó en «Clàssics de tots els temps», es una pieza excepcional. Ahora, al traducir los poemas del escritor de Bìlbilis acredita aún más, si cabe, su

destreza y su sagacidad en este difícil arte de trasvasar de idioma un libro antiguo.

Difícil, y particularmente difícil, creo, en el caso de Marcial. No lo digo porque suponga escollos adustos en la inteligencia o en la interpretación de sus versos, que no lo sé; me refiero, ante todo, a la réplica catalana que Dolç tenía que darnos, no sólo literal, sino además ceñida al dibujo impalpable de la palabra originaria, sin lo cual la versión habría perdido su mejor aliciente. Esta exigencia surge en toda traducción de poesía. Pero Marcial es un poeta epigramático, es decir, un poeta en quien la concisión y la agudeza verbal cuentan sobre todo, y específicamente satírico, por lo que tales rasgos se acentúan con el añadido de una rapidez aviesa y mordaz. Dolç tenía que «trasladar» todo esto al catalán con el mismo cuidado con que traducía los vocablos en su mera superficie. Y Dolç lo ha conseguido con una excelente fidelidad. Podemos leer a Marcial, gustar el «sabor humano» de sus libros, acusar su fuerza mordiente y realista, en el noble y dúctil catalán de Dolç, sin que se nos escape nada de la insidiosa ironía del hispano-romano. Nada o casi nada. Porque, si en muchos pasajes de tema y expresión desembarazados el traductor sorteaba el riesgo de crudez con ingeniosos eufemismos o giros de apariencia inofensiva, en otros de franca obscenidad se ha abstenido de darnos su versión. Dolç lo justifica con buenas razones. El criterio de la Bernat Metge en este aspecto podría ser discutido. ¿Qué hará cuando le toquen en turno de sus ediciones Aristófanes, Petronio y *tutti quanti*? ¿O renunciará a ellos? Esto aparte, el Marcial de Miquel Dolç constituye, por la pulcritud del «anostrament», la erudición de sus comentarios y lo certero del estudio inicial, una admirable contribución a nuestro joven y sesudo humanismo.

[*Destino*, 1209, 8 octubre 1960, p. 32]